

Los obreros contra el trabajo

Barcelona y París bajo el Frente Popular

Michael Seidman

Índice

Prólogo	9
Introducción	II
Debilidad de la burguesía barcelonesa	37
Ideología anarcosindicalista	67
La CNT en Barcelona	99
Resumen de la revolución en Barcelona	137
Racionalización	177
Resistencia obrera	219
El final de la revolución española en Barcelona	265
Fuerza de la burguesía parisina	285
La ideología del control obrero	313
Ocupaciones de fábrica	349
Revueltas contra el trabajo	381
Los problemas del paro y el ocio	439
El final del Frente Popular	475
Conclusión	509
EPÍLOGO. JORGE MONTERO Y FEDERICO CORRIENTE	
Sobre las vicisitudes de <i>Los obreros contra el trabajo</i>	517
Abreviaturas	531
Abreviaturas empleadas en las notas	533
Fuentes principales	535

«Nous voulons voir la fin du sinistre loisir parce qu'il suppose le travail —et que le travail n'est qu'un bon prétexte pour ne rien faire».

La Polycritique, 1968

Prólogo

ESTE ESTUDIO COMPARADO DE la historia social y política de la revolución española en Barcelona y del Frente Popular en París pretende poner de relieve la potencia de las ideologías revolucionarias en España, país con una burguesía débil, y su decadencia en Francia, nación en la que los capitalistas desarrollaron industrias modernas. Investiga cómo trabajaron los obreros de París y Barcelona durante los Frentes Populares, cuando las organizaciones que pretendían representar a la clase trabajadora ejercieron diversos grados de poder. Las pautas de la actividad (y de la inactividad) de la clase obrera llevó a este estudio a poner en entredicho los paradigmas dominantes de la historiografía del trabajo angloamericana.

Los obreros contra el trabajo comenzó como una tesina de doctorado supervisada por el profesor Arthur Mitzman, de la Universidad de Ámsterdam; se benefició de investigaciones exhaustivas realizadas en París, Barcelona y Salamanca a comienzos de la década de 1980. En París me ayudaron tanto amigos como estudiosos. Debo mucho a Sylviane Lavergne, Véronique y Jean-Pierre Bachimont, Arthur Marchadier, Louis Chevalier y Michelle Perrot. En Barcelona, Joaquim Sirera y Horacio Capel me proporcionaron conocimientos y consuelo. Stanley Payne me orientó hacia los increíblemente valiosos pero desorganizados archivos de la guerra civil en Salamanca, y Raymond Carr me proporcionó ánimos muy necesarios.

El manuscrito también tuvo la fortuna de contar con la crítica y las sugerencias de Troian Stoianovich, John Gillis, Victoria de Grazia, Allen Howard y Mark Wasserman. Los comentarios de Robert Seidman anglicanizaron de vez en cuando modismos hispanos y galos.

Introducción

CUANDO EN 1936 ESTALLÓ la revolución española en Barcelona, los militantes anarcosindicalistas y otros revolucionarios expropiaron rápidamente los coches y camiones de la ciudad, los pintaron con las iniciales de sus organizaciones y circularon por Barcelona a velocidades temerarias. Dichos militantes, conductores novatos que hacían caso omiso de las normas de circulación, provocaron numerosos accidentes; su diario, *Solidaridad Obrera*, los llamó al orden y les rogó que condujeran de manera segura y que devolviesen los vehículos a las autoridades competentes. Sus acciones presagiaron la era del automóvil en España.

Bajo el Frente Popular francés, casi al mismo tiempo, con motivo de las primeras vacaciones anuales pagadas, los obreros parisinos abandonaron en masa la capital francesa rumbo a la abarrotada Riviera y otras áreas de ocio especializadas. En 1936 la salida compulsiva de veraneantes inauguró la era del turismo de masas y del fin de semana en Francia.

A primera vista, quizá resulte extraño abordar en el marco de una misma obra acontecimientos dispares que se produjeron en países tan distintos. Al fin y al cabo, no hay por qué estar de acuerdo con Napoleón («África comienza en los Pirineos») para apreciar las enormes diferencias que distinguen a Francia de España. Incluso bajo el Antiguo Régimen, la evolución política, económica, religiosa y social separó a quienes estaban al norte de los Pirineos de los pueblos de la península ibérica. Los acontecimientos

de mayor trascendencia del Renacimiento europeo, la Reforma protestante y el absolutismo tuvieron un impacto mucho mayor en Francia que en su vecina ibérica. Siglos antes de la revolución, en Francia ya existían sectores urbanos y rurales relativamente dinámicos y un Estado modernizador, mientras que España decaía económica, política y culturalmente. Durante el siglo XVIII, los *philosophes* franceses engendraron una crítica poderosa y original de la Iglesia, la nobleza y la economía tradicional. En España, la Ilustración fue escasamente original y menos potente.

El advenimiento de la revolución francesa y sus repercusiones acentuaron más aún las diferencias entre las dos naciones. A la vez que proclamaba un programa para el futuro, la nueva nación gala abrió sus filas a los individuos dotados de talento, protestantes y judíos incluidos, y subordinó al clero al Estado. La tradición ilustrada valoraba más al productor que al noble o al sacerdote «parasitarios». Como había desarrollado una economía agraria mucho más próspera que España, en el siglo XX, Francia, a diferencia del país vecino, no albergaba a una masa enorme de campesinos sedientos de tierra o de trabajo. La industria francesa en expansión logró dar empleo no solo a los labradores franceses procedentes del campo, sino también a extranjeros, entre ellos a miles de españoles. A comienzos de ese mismo siglo, Francia separó a la Iglesia del Estado y subordinó el poder militar al civil. Además, la Tercera República (1870-1940), régimen relativamente estable, forjó una nueva unidad nacional que fue debilitando poco a poco a las fuerzas regionalistas y centrífugas, y desarmó en buena medida a los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios violentos.

España nunca atravesó una revolución burguesa semejante. Es más, durante la época napoleónica, gran número de españoles libraron una sangrienta guerra de guerrillas contra los invasores y sus principios revolucionarios. Esta reacción frente a la dominación francesa, que comenzó en 1808, se considera como el punto

Debilidad de la burguesía barcelonesa

UN ANÁLISIS DE LAS trayectorias divergentes de Francia y España aclarará los orígenes de la guerra civil y la revolución españolas, así como la tenacidad de las ideologías revolucionarias en este último país. A diferencia de los franceses, los españoles nunca impusieron una separación política duradera entre la Iglesia y el Estado ni entre el poder militar y el civil, y en materia económica, las élites industriales y agrarias españolas generaban menos riqueza que sus análogas francesas. Una comparación entre la economía española y francesa ayudará a poner en perspectiva los debates historiográficos separados acerca del presunto dinamismo catalán y el supuesto atraso francés.

En la agricultura, incluso si tenemos en cuenta los recursos naturales y el suelo fértil de Francia, más abundantes, las diferencias eran significativas. En 1935, la producción francesa de trigo casi duplicó a la española, y los viñedos franceses produjeron 49,13 hectolitros por hectárea frente a los 11,63 de España.⁷ En lo que a la producción industrial se refiere, los franceses fabricaron diecisiete veces más hierro en lingotes y 10,5 veces más acero en bruto que los españoles. En 1935, Francia consumió 2,2 veces la cantidad de algodón en bruto y poseía cinco veces más husos

7 B. R. Mitchell, *European Historical Statistics, 1750-1970* (Nueva York 1975). Cabe señalar que las estadísticas francesas se realizaron en verano y las españolas en invierno, lo que quizá exagerara las diferencias entre ambas agriculturas.

de algodón que España. La infraestructura industrial francesa y el sector servicios también eran bastante más fuertes. En 1930, Francia tenía 2,5 veces más vías férreas, transportaba 4,6 veces más flete y 6,7 veces más pasajeros. En España había 304.000 aparatos de radio; en Francia había 2.626.000. En 1935, la producción francesa de energía eléctrica era cinco veces superior a la española. Los franceses iban por delante incluso en turismo, pues en Francia los turistas extranjeros gastaban más de nueve veces más que en España.⁸ Los dos países habían entablado las clásicas relaciones comerciales de una nación industrial con un país agrícola: los franceses exportaban bienes manufacturados y los españoles productos agrícolas. En 1934, las mayores exportaciones francesas a España eran, por orden de importancia, automóviles y piezas de automóvil, otros vehículos de motor, seda, hierro, acero y productos químicos. España enviaba a Francia fruta, azufre, vino, plomo y verduras frescas.

Si bien Cataluña era más dinámica que otras regiones españolas, no era ni podía ser ajena a las debilidades que aquejaban a la industria de otras partes de la península. A lo largo del siglo XIX, la burguesía catalana había industrializado la región hasta cierto punto y había fundado una industria textil de respetables dimensiones, pero a comienzos del XX esa industria ya estaba en declive y a los catalanes les costó forjar otras que ocupasen su lugar. Para comprender críticamente lo que pretendían y llevaron a cabo los sindicatos y sus militantes al apoderarse de las fábricas y tiendas de Barcelona y París es fundamental investigar el estado de la industria catalana y en particular barcelonesa; para comprender la industria y a los industriales de Barcelona, hemos de examinar ciertos aspectos de su historia económica, política y cultural durante el primer tercio del siglo XX. El primero es la debilidad de

8 *Le tourisme*, Conseil National Économique, AN, F128800.

Ideología anarcosindicalista

LA DEBILIDAD DE LA burguesía catalana y la situación económica y social resultante en Barcelona favorecieron el desarrollo y arraigo del anarcosindicalismo. Los análisis de esta ideología (que yo defino de modo genérico como el conjunto de aquellos anarquistas que creían que el sindicato sería el fundamento de la sociedad futura, los que se limitaban a considerarlo como una organización más que tomaría parte en la revolución, y por último, los sindicalistas revolucionarios, la mayoría de los cuales estaban influidos por teóricos anarquistas) han sido enturbiados a menudo por malentendidos y polémicas.⁸⁵ Algunos historiadores se han centrado en su antiestatismo, y en consecuencia han subrayado excesivamente su utopismo o su milenarismo.⁸⁶ Uno de ellos subrayó la intensa «hostilidad del anarcosindicalismo a la vida industrial», su aversión a las «restricciones de la organización» y su «odio al presente». «El sindicalismo podía tener un éxito descomunal allí donde, como sucedió en Cataluña, antiguos campesinos ya agraviados por la penuria rural y la injusticia, se vieron expuestos

85 Para distinciones sutiles entre estas categorías, véase Gaston Leval, *Precisiones sobre el anarquismo* (Barcelona 1937).

86 Véase Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth* (Cambridge 1964) [ed. cast.: *El laberinto español*; trad. José Cano Ruiz, Plaza & Janés, Barcelona 1996]. Véase también Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford 1974) [ed. cast.: *La izquierda revolucionaria en España*, trad. Manuel de la Escalera, Ariel, Barcelona 1978].

por primera vez a la industria y volvieron la vista hacia un pasado idealizado». ⁸⁷ No solo los universitarios, sino también los marxistas revolucionarios han recurrido a esta explicación sociológica para caracterizar al anarcosindicalismo en Cataluña:

El campesino andaluz ha dado a nuestro movimiento anarquista su contextura espiritual. El simplismo de una visión aldeana lo ha dominado todo. Para nuestros anarquistas, el único problema a resolver es el de la cárcel y el de la guardia civil.

Eso es lo principal. Lo demás se mantiene en un estado de nebulosa, de incoherencia... El proletariado catalán a quien la historia ha confiado la grave responsabilidad de ser el agente de más importancia en la transformación social de España, no ha podido formar su conciencia proletaria a causa de la constante emigración campesina de España hacia Cataluña. ⁸⁸

La explicación sociológica, sin embargo, que caracterizaba al anarcosindicalismo como un movimiento hostile a la industria y lleno de añoranza por el pasado, falsea la naturaleza de esta ideología y tergiversa las acciones de los obreros catalanes. Ciertos trabajadores andaluces se vieron envueltos en incidentes violentos con la Guardia Civil y los capataces, pero otros aceptaron trabajar por salarios inferiores a los admitidos por el sindicato e hicieron de esquirols. Durante la década de 1930, solo aproximadamente un tercio de los obreros de Barcelona procedían de fuera de Cataluña. No todos estos no catalanes eran campesinos andaluces o de otras partes de España; ⁸⁹ muchos eran veteranos obreros industriales

87 Peter N. Stearns, *Revolutionary Syndicalism and French Labor: A Cause without Rebels* (New Brunswick, N.J. 1971), págs. 10, 105.

88 Joaquín Maurín, *La revolución española*, Anagrama, Barcelona 1977, pág. 154.

89 Alberto Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña de 1930 a 1936*, Ariel, Barcelona 1971, pág. 18, sitúa esa cifra en el 37%. Mi propia muestra al azar, realizada a partir de los Archivos de Salamanca, indica que menos de un tercio de los obreros barceloneses eran no catalanes. En 1930, el 37,14% de la población barcelonesa había nacido fuera de Cataluña. Véase

El final del Frente Popular

LA ACTITUD CAMBIANTE DEL Partido Radical, que a menudo fue el elemento clave de las mayorías parlamentarias durante los últimos años de la Tercera República, condujo a la ruptura del Frente Popular. Pese a que los diputados radicales dependían de los votos de los socialistas y comunistas para ganar las elecciones, muchos electores de los radicales siguieron mostrándose escépticos ante las políticas económicas de la coalición izquierdista.¹⁰⁷⁷ Los campesinos, los propietarios de pequeñas empresas y los miembros de las clases medias, que aceptaban la defensa del anticlericalismo y las libertades republicanas por parte del Partido Radical, nunca habían aceptado plenamente el programa económico del Frente Popular, sobre todo la semana de cuarenta horas. Los patronos se sintieron agraviados por tener que cerrar dos días a la semana o por no poder adaptar la semana laboral abreviada a sus necesidades estacionales. En la primavera de 1937, los radicales protestaron por el poder sindical y las violaciones del derecho al trabajo. En junio de 1937, inmediatamente antes de la caída del primer Gobierno Blum, Edouard Daladier, el dirigente radical que había fomentado la formación de la coalición de izquierda, reflejó el creciente sentimiento antifrentepopulista en el seno de su partido al hacer un llamamiento a favor del restablecimiento del «orden» (lo que constituía, muy significativamente, una palabra antifrentepopulista en

¹⁰⁷⁷ Lo que sigue está basado en Serge Berstein, *Histoire du parti radical* (París 1980-1982), 2:455-518.

clave). Pese a que Camille Chautemps, el político radical veterano que sucedió a Blum en junio de 1937, estaba comprometido con la defensa del Frente Popular, aun así estableció una comisión de investigación sobre la producción a fin de modificar la semana de cuarenta horas. En el congreso del partido celebrado en octubre de 1937, Chautemps, Daladier y otros representantes del Partido Radical decidieron permanecer en la coalición de izquierda solo si esta mantenía el «orden» y defendía a las clases medias.

Tras la caída del segundo gobierno Blum, en abril de 1938, Daladier se convirtió en primer ministro. Su gobierno fue desplazándose poco a poco hacia la derecha a medida que se enfrentaba a una presión interna e internacional cada vez mayor sobre la producción para superar el estancamiento de la economía francesa y prepararse para la guerra inminente. En el interior, este desplazamiento reflejaba el distanciamiento de las clases medias, cuya ira en torno a la semana de cuarenta horas se fue intensificando al ritmo de la inflación. La subida de los precios era el resultado de los constantes aumentos salariales, la disminución del ritmo productivo en muchos sectores de la industria, y las sucesivas devaluaciones del franco, que había perdido casi el sesenta por ciento de su valor en dos años. Si los trabajadores sindicalizados fueron en gran medida incapaces de seguir el ritmo del aumento de un setenta y cinco por ciento de los precios al por mayor y del cuarenta y siete por ciento en los precios al por menor, los jubilados que tenían pensiones fijas, los rentistas, e incluso muchos funcionarios, se vieron económicamente perjudicados por una inflación de la que culpaban al Frente Popular.¹⁰⁷⁸ Por lo demás,

¹⁰⁷⁸ Véase Alfred Sauvy, (ed.), *Histoire économique de la France entre les deux guerres* (París 1972), 2:286, para cifras. Véase también Jean-Charles Asselain, *Histoire économique de la France* (París 1984), 2:66; Joel Colton, *Compulsory Labor Arbitration in France* (Nueva York 1951), págs. 82-86.

Conclusión

UN EXAMEN DE LO que yo llamo utopismo del lugar de trabajo servirá para esclarecer la resistencia obrera al trabajo durante los Frentes Populares. La tradición utópica productivista se desarrolló durante los siglos XVIII y XIX, y a pesar de conservar un cierto vigor, en el siglo XX se ha ido desmoronando paulatinamente. Dadas las diferencias existentes entre Francia y España, es fácil comprender por qué esta tradición nació en Francia, patria y portadora de la Ilustración por toda Europa durante los períodos revolucionario y napoleónico. En España, la influencia de la Ilustración y de la era revolucionaria fue mucho más débil. Durante el siglo XIX, Marx, Proudhon y Bakunin se apoyaron en el legado de la Ilustración para elaborar sus propias utopías productivistas, que se convirtieron en la base de las ideologías de los movimientos obreros organizados tanto en Francia como, algún tiempo después, en España. En el transcurso del siglo XX, en las naciones europeas desarrolladas el utopismo productivista ha sido puesto en entredicho, sobre todo en Francia en 1968. La persistencia de esta tradición en España más allá de la década de 1930 fue un indicio del peculiar desarrollo de este país.

Las raíces del utopismo del lugar de trabajo se hallan en la concepción insuficientemente crítica del trabajo propia de la Ilustración. Los *philosophes* vincularon el trabajo al progreso, y equipararon la civilización con el esfuerzo, no con la ociosidad. Las ilustraciones de la *Encyclopédie*, como el arte del realismo socialista español, idealizaron las fuerzas productivas y a quienes las ha-

cían funcionar. La realidad de los talleres, por supuesto, era más compleja de lo que tanto las imágenes como la ideología daban a entender. Los historiadores han descubierto que el taller del siglo XVIII no albergaba ninguna era dorada del trabajo. Los conflictos de clase, el absentismo, la rotación del personal y la ebriedad eran frecuentes. La coacción por parte de los gremios y el poder estatal era necesaria para garantizar que los obreros trabajaran.

El *¿Qué es el Tercer Estado?* del abate Sieyès prosiguió con la glorificación del trabajo y de los productores. La ociosidad era característica de los aristócratas, que no eran de utilidad alguna a la nación. Por nación debía de entender en realidad las clases útiles, concepto que abarcaba a todos aquellos que trabajaban, incluidos los intermediarios y los eclesiásticos. Al atacar la ociosidad de la nobleza, el panfleto de Sieyès se ponía al servicio de necesidades políticas y polémicas inmediatas pero, cosa no menos importante, reflejaba el dinamismo burgués francés y el deseo de fundar una nación nueva y más cinética, que incluyera a extranjeros industriales. Su visión esbozó el proyecto revolucionario y napoleónico que habría de seducir a la Europa de las clases medias. En España, sin embargo, determinados sectores de la población, a menudo encabezados por clérigos, libraron una guerra de guerrillas contra el modelo francés. Como ya hemos visto, la revolución burguesa o liberal quedó frustrada en la península ibérica. En cambio, en el siglo XIX y la primera mitad del XX, España proporcionó el modelo del pronunciamiento a sus antiguas colonias y a otras áreas del Tercer Mundo.

Los anarcosindicalistas y marxistas se inspiraron en el legado revolucionario francés e ilustrado. Este no es el lugar en el que analizar pormenorizadamente sus actitudes hacia el trabajo. Baste con decir que ambos grupos tendieron a llevar las posiciones ilustradas y revolucionarias a su extremo, definiendo de forma más estrecha a los productores como trabajadores asalariados y supri-

EPÍLOGO

Sobre las vicisitudes de
Los obreros contra el trabajo

JORGE MONTERO Y
FEDERICO CORRIENTE

Hay que reemprender el estudio del movimiento obrero clásico de una forma desengañada, y desengañada ante todo en lo que se refiere a sus diversos herederos políticos o pseudoteóricos, que no poseen más que la herencia de su fracaso.

«14 tesis sobre la Comuna»,
Internationale situationniste n.º 7 (1962)

A este respecto hay que decir que jamás hemos tenido en cuenta la existencia del «movimiento anarquista», sino únicamente la de las realidades de nuestra época. Es cierto, no obstante, que a largo plazo consideramos que las perspectivas de la I. S. son incompatibles con la existencia y las aspiraciones de los «demás movimientos políticos revolucionarios», por la sencilla razón de que, pese a que la miserable burocracia anarquista se haya colocado en la actualidad a remolque de tales «movimientos políticos» no identificados, por nuestra parte no les reconocemos en absoluto la condición de movimientos «revolucionarios», y todo lo sucedido desde entonces no ha hecho sino confirmar nuestra opinión.

Guy Debord y Gianfranco Sanguinetti,
«Sobre la descomposición de nuestros enemigos»,
en *La verdadera escisión en la Internacional (1972)*

LA PECULIARIDAD MÁS INTERESANTE del libro de Michael Seidman, (*Los obreros contra el trabajo: Barcelona y París bajo el Frente Popular*), traducido ahora por vez primera al castellano, es la de ser un análisis del anarcosindicalismo y del sindicalismo revolucionario como fenómenos de transición entre dominación formal y domi-

nación real del capital¹ (terminología esta que Seidman, por cierto, no emplea) y la consiguiente desmitificación del anarquismo ibérico, y pone de relieve hasta qué punto este llegó a convertirse, al menos a partir de cierto momento, en una de forma de adaptación conflictiva a la integración en la sociedad capitalista en lugar de un movimiento de impugnación radical de esta.

Seidman subraya el papel fundamental desempeñado por el desarrollo (y el subdesarrollo) industrial en el proceso de asimilación progresiva del anarcosindicalismo hispano por el sistema capitalista durante la década de 1930. Ya antes de julio de 1936 el proyecto comunista libertario había sido replanteado hasta tal punto que, para la corriente mayoritaria del movimiento, «hacer la revolución» significaba adaptar el anarquismo a las exigencias de la sociedad industrial y ocupar el lugar de una burguesía «parasitaria e improductiva», incapaz de desarrollar las fuerzas productivas.

Los anarcosindicalistas españoles de los años treinta compartían en lo fundamental el punto de vista de lo que Moishe Pos-

1 Durante la década de 1970 los conceptos de dominación «formal» y dominación «real» del capital comenzaron a circular de forma habitual en el contexto de un retorno general a Marx y en relación con la creciente popularidad de su célebre *Capítulo VI inédito del Libro I de «El capital» (Resultados del proceso inmediato de producción)*, que había sido objeto de un extenso estudio pionero por parte de Jacques Camatte en la revista *Invariance*. En el estadio de la dominación formal, el proceso de trabajo sigue siendo a grandes rasgos el mismo que antes de que el capital se apodere de él, salvo que ahora está organizado por este y sometido a su autoridad. Sin embargo, esta autoridad está limitada por la capacidad de los obreros de resistirse a ella sobre la base de su oficio, y la modalidad fundamental que adopta la explotación es la prolongación de la jornada laboral, o extracción de plusvalía absoluta. La dominación real del trabajo por el capital se va concretando en la medida en que este revoluciona el proceso de trabajo y lo transforma a su propia imagen. La aplicación de la ciencia y de la innovación tecnológica permiten entonces al capital aumentar la productividad del trabajo sin prolongar la jornada laboral (extracción de plusvalía relativa) e incluso acortándola, lo que a su vez acarrea transformaciones ulteriores en la sociedad en general y en las relaciones entre trabajo y capital en particular.